

## “QUERIDO BLAS / QUERIDO GABRIEL” LA RELACIÓN ENTRE BLAS DE OTERO Y GABRIEL CELAYA A TRAVÉS DE SUS CARTAS (1949-1951).

JUAN JOSÉ LANZ  
UPV/EHU

Amigo Blas de Otero: Porque sé que tú existes,  
y porque el mundo existe, y yo también existo,  
porque tú, y yo, y el mundo nos estamos muriendo,  
gastando nuestras vueltas como quien no hace nada,  
quiero hablarte y hablarme, dejar hablar al mundo  
de este dolor que insiste en todo lo que existe.

Así iniciaba Gabriel Celaya, al comienzo de su libro *Las cartas boca arriba* (1951), su carta “A Blas de Otero”. El poema, que no hacía sino dar fe pública de una relación de amistad que se había iniciado algún tiempo antes, había nacido de una circunstancia muy concreta. Gabriel Celaya había acudido desde San Sebastián a Bilbao el 20 de enero de 1950, junto a su compañera Amparo Gastón, para pronunciar, invitado por el escultor Jorge Oteiza, su conferencia “El arte como lenguaje”, donde defendía el arte como un modo de comunicación, en la Sala Studio de la capital vizcaína. Tras la conferencia, Otero, Celaya y Amparitu se unieron al abogado y poeta Javier de Bengoechea, amigo de Blas de Otero, y a su esposa Mila, para cenar en su casa. Como resultado de aquel encuentro, el poeta donostiarra escribiría su “Carta a un amigo”, que envía inmediatamente al bilbaíno, quien en carta fechada el 4 de febrero de 1950 se lo agradece: “Tu carta-poema me impresionó mucho. Gracias, Gabriel. Por la noche, se lo leí a Javier y Mila, bajo la lámpara [aludía a la lectura que el propio Otero había hecho en la casa de Bengoechea y que Celaya evocaba en su poema: “Voy a leer unos versos. // Daba miedo mirarte solo allá, en lo redondo / de una lámpara baja y un antiguo silencio”]. Creemos que es uno de tus mejores poemas. Me gustaría se publicase al par de mi libro [refiriéndose a *Ángel fieramente humano*], si te parece. Lo guardo entre lo más querido”. El poema, que se publicaría en el n.º 1 de la revista Egan, correspondiente a enero-marzo de 1950, se había escrito en los últimos días de enero de ese año, evocando el encuentro de unos días antes en Bilbao:

Hace aún pocos días caminábamos juntos  
 en el frío, en el miedo, en la noche de enero  
 rasa con sus estrellas declaradas lucientes,  
 y era raro sentirnos diferentes, andando.

El propio Blas de Otero escribiría unos días más tarde como respuesta a la carta-poema de Celaya otra “Carta a un amigo”:

Amigo mío, mi gran Gabriel Celaya  
 (a veces, Juan de Leceta, dicen):  
 ¡Qué tristeza que no haya  
 un Dios tan excelente como dicen!

Aunque la primera publicación del poema sea de 1952, en la selección de poemas del bilbaíno que incluye el n.º 11 de la revista *Mensajes de Poesía* (Vigo), sólo se incluirá en libro, con algunas variantes, cuando aparezca *Ancia*, en 1958, donde, en la distancia de los años, el poeta confundirá las fechas y lo datará el “15 de diciembre de 1950”. Pero, tal como observó Sabina de la Cruz, “el título no puede corresponder a la fecha de composición ni tampoco a la del encuentro. [...] La confusión procede de la publicación del poema en *Ancia* [...]. Ocho años más tarde, la memoria del poeta confunde las fechas”. Efectivamente, así debe ser, pues el 20 de marzo de 1950 Celaya acusa recibo del poema-carta que Otero le envía anunciándole la publicación del suyo en *Egan* y que José Miguel de Azaola podría publicar el poema-carta de Blas de Otero en el próximo número:

Tu poema me ha gustado mucho. Además está escrito para mí. Es una buena “carta boca arriba” que quisiera ver publicada.  
 Hace unos días me llamó José Miguel [Azaola] pidiéndome autorización para dar en “Egan” el poema que te mandé. Yo le dije que por mi parte estoy completamente conforme. Supongo que también habrá hablado contigo. Pero después de haber hablado con él (por teléfono, es decir, pronto y mal) se me ocurre que tu carta debería acompañar a la mía. Quizás lo tengáis proyectado así, pero como no me dijo nada, me gustaría que me lo aclararas. Yo preferiría que junto con mi poema fuera el tuyo. ¿Entendido?

A la vista de esta carta de Gabriel Celaya se puede corroborar que el poema-carta de Blas de Otero dedicado a su amigo ha de escribirse entre el 4 de febrero y mediados de marzo; es decir, de modo casi inmediato a la recepción del texto celayano escrito como consecuencia del encuentro de 20 de enero. En carta de 7 de junio de ese año, el bilbaíno le agradece a Celaya el envío del número de *Egan* con “nuestra carta” y añade: “La contestación mía –el poema que te envié– ha quedado incluida en *Complemento directo* (1947-1950) [uno de los proyectos en que trabaja el poeta tras *Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*]. Este no se podrá publicar en España, por razones que te figurarás”. Un año más tarde, el 30 de agosto de 1951, le recuerda a Celaya al final de una carta: “Mi contestación sabes que va en *Complemento directo*. Quizá la dé ahora en una antología de *Mensajes*, de Vigo”.

Pero, como he apuntado, los poemas referidos no son sino la fe pública de una amistad que se venía trabando epistolarmente desde algún tiempo atrás y que fraguará en el encuentro bilbaíno del 20 de enero de 1950. Es Gabriel Celaya quien escribe primero a Blas de Otero el 22 de febrero de 1949 (carta erróneamente fechada en 1948), a partir de la amistad que a ambos les une con el abogado bilbaíno afincado en San Sebastián desde 1942 José Miguel de Azaola:

Muy señor mío: y –si me permite- amigo: Hace mucho tiempo que deseaba ponerme en contacto personal con usted y hoy, me sirve de pretexto, el que Azaola me transmite noticias suyas pidiéndome que le diga dónde he publicado una crítica de “Poemas para el hombre”.

La relación de Azaola con Blas de Otero arrancaba de antes de la guerra civil, al haber coincidido ambos en la Asociación Profesional de Estudiantes de Derecho, de la que Otero sería presidente desde noviembre de 1935; la Asociación era una rama sectorial de la Federación Vasca de Estudiantes Católicos. Azaola y Otero coincidirían en Bilbao el 18 de diciembre de 1935, cuando el primero pronunció su conferencia “La guerra desde el punto de vista moral y jurídico” en el salón de actos del Apostolado del Mar, dentro del ciclo de conferencias organizado por la Asociación de Derecho. En 1948, Azaola comenzaría a dirigir *Egan. Suplemento Literario del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, en cuya primera entrega se publicaría la selección de poemas oterianos “Poemas para el hombre”. A esa selección se refiere Celaya en su carta, quien apunta a continuación: “También me anima a hacerlo [escribirle] la calidad y el tono de esos poemas, que me parecen magníficos”. Y refiriéndose al lema juanramoniano que el bilbaíno rebatía al frente de sus poemas de *Egan*, apuntaba el poeta donostiarra: “Hay que volver siempre a los amigos, a ‘la inmensa minoría’ de Juan Ramón”. Concluía Celaya su carta expresando su deseo de amistad: “Me gustaría saber su opinión, me gustaría sobre todo que fuéramos conociéndonos un poco. Crea que tiene en mí un amigo y un admirador y acepte un cordial apretón de manos”.

Blas de Otero contesta desde Bilbao a vuelta de correo el 3 de marzo de 1949: “Me alegró mucho recibir su carta. A mí también me parece excelente que mantengamos contacto, amistad –en las cosas que verdaderamente merece la pena”. Pero añade a continuación, con respecto a la referencia juanramoniana, unas palabras esclarecedoras:

En lo que no estoy tan conforme es en lo de la “minoría”, sea “inmensa” o como sea. Pero la culpa la tenemos nosotros mismos. Nadie ha desprestigiado a la Poesía tanto como los *recientes* poetas. Hoy día sobre todo, hace falta, es necesario llegar a todos, por lo menos a una “mínima mayoría”. El poeta tiene que “decir cosas”, gritar si es preciso –pero bellamente.

“Llegar a todos”, hablar al “menos a una *mínima mayoría*”, eran expresiones que apuntaban a la apertura a la poética mayoritaria que reivindicaría la estética social. “A la inmensa mayoría” estaban dedicados en 1948 los *Poemas para el hombre* publicados en *Egan*. En los primeros meses de 1950 lo dejará plasmado en el poema con que arranca *Redoble de conciencia*, “Cántico”, que remite el 6 de noviembre a la poeta Trina Mercader para la revista *Al-Motamid*:

Es a la inmensa mayoría, fronda  
de turbias frentes y sufrientes pechos,  
a los que luchan contra Dios, deshechos  
de un solo golpe en su tiniebla honda.

Sí, es a la “inmensa mayoría”, o a “una *mínima mayoría*”, como quería la carta de 1949, a la que van dirigidos los versos oterianos; “pero -apostillaba el poeta-bellamente”. Unos meses más tarde que la misiva referida, en carta que le remite a la poeta y amiga Ángela Figuera, el 16 de diciembre de 1949, Otero insiste en

el aspecto de la “irrenunciable belleza”: “Yo no puedo creer que una poesía lo sea (poesía) si no encierra y produce belleza –por muy interesante que sea desde otros puntos de vista”. No es extraño, así, que, cuando Celaya le escribe el 28 de marzo de 1949, tras haberle remitido unos días antes su libro reciente *Las cosas como son. (Un decir)* (1949), firmado por Juan de Leceta, junto con el anterior *Objetos poéticos* (1948) y algunos de los libros de la colección “Norte”, responda al bilbaíno, defendiendo su nueva estética:

Decías [...] que el poeta tiene que “decir cosas”, y en esto me hallo completamente de acuerdo contigo después de mis excursiones por la poesía pura y, sobre todo, por el surrealismo, medio mágico, medio tramposo. Pero añadías luego que debe decir las “bellamente”. Y la verdad, lo de “bellamente”, a fuerza de tener mucho sentido parece tener muchos sentidos.

Y continuaba el poeta donostiarra reflexionando sobre su reciente libro, que, por esas fechas, levantaría una polémica interesante en las páginas de la revista leonesa *Espadaña*: “*Las cosas como son*, por ejemplo, no está bellamente dicho; pero si he renunciado a la belleza –a la belleza entendida en cierto sentido- ha sido para conseguir eficacia expresiva”. Y ante el dilema entre “clasicismo” y “romanticismo”, el poeta donostiarra, se inclina a lo romántico, proclamando: “El culto de lo bello, exagerado, puede dar en perfectismos vacíos”. Frente a la perfección formal, Celaya se pregunta: “¿es posible crear una poesía que sea viva y que, a la vez, sea independiente de la circunstancia histórica en que ha nacido?”

Sin duda, Blas de Otero, tal como constata en carta fechada el 12 de abril de 1949, donde le comenta amplia y duramente su libro *Las cosas como son*, estaba de acuerdo con la vinculación de la poesía a la circunstancia histórica en que esta había nacido, tal como planteaba Celaya, incluso, aceptaba con matices la concepción celayana de la poesía como “documento personal”, pero añadía la necesidad de “hacer equilibrio entre la necesidad de ‘hablar’, de ‘lo concreto’, y la intractable Belleza, con su expresión también insobornable”. Es curioso, en cambio, comprobar cómo alguien tan distante de la poética celayana como José García Nieto, que había sido director de la revista *Garcilaso*, alababa el libro del donostiarra en carta personal del 23 de agosto de 1949: “*Las cosas como son* [es] el libro joven que más me ha impresionado desde que soy escritor”, subrayaba el poeta garcilasista. Y añadía a continuación: “Como esto lo he dicho en los últimos meses a todo el que ha querido oírlo, no me parece indecoroso repetirlo ahora aunque sea para ti”.

Dos cartas se cruzan el 10 de mayo de 1949 entre Celaya y Otero. El bilbaíno, que, por lo que conoce hasta el momento, aprecia más al Celaya narrador y teórico que al poeta (“para mí tienes más valor cuando escribes en prosa”, le declara), acusa recibo de la novela *Lázaro calla* (1949), recién aparecida, con grandes elogios: “Muchas de sus páginas creo que son de lo mejor que se [ha] escrito ‘desde hace muchos años’”. Y, vinculando la novela con *Las cosas como son*, señala su proximidad en su “análisis casi extra humano” con *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, de Stefan Zweig, y *El tiempo debe detenerse*, de Aldous Huxley; “en cualquiera de las dos –anota el poeta bilbaíno- notarás ese mínimo de freno, equilibrio, del que no puede claudicar el arte sin suicidarse”. Pero no puede estar de acuerdo en la perspectiva existencial que adopta el donostiarra. “No he entendido bien eso de ‘vivir porque sí’”, señala el bilbaíno refiriéndose a uno de los temas recurrentes en el libro y que reaparecerá en el poema “La soledad”, incluido al

únicamente se quiere vivir porque sí, sin más”; y en el poema se lee: “Se vive porque sí, cumpliendo las tareas / minúsculas que traen los días cualesquiera”. Y continúa, Otero: “Yo también creo, quizá, que la vida no tiene sentido. Lo que no puedo, lo que no quiero creer es que haya que dárselo. ¿Por qué? Porque sí. Lo mismo que tú dices para vivir”. En su carta de 5 de junio de 1949, Celaya le confesará a su interlocutor y amigo: “*Las cosas como son y Lázaro calla* son fruto de un momento de crisis en mi vida. Puedo decirlo ahora porque creo que he salido de ella”. E intenta explicar su concepto existencial. “Mí porque sí no es más que una reserva vital: el clavo ardiendo al que me agarro cuando me siento perdido”. ¿No había respondido ya Blas de Otero a esa incógnita en “Igual que vosotros”, un poema escrito en 1948? Al porque sí celayano parecía oponerse el “qué sé yo qué” y el “no sé por qué” existencial oteriano:

Desesperadamente busco y busco  
un algo, qué sé yo qué, misterioso,  
capaz de comprender esta agonía  
que me hiela, no sé con qué, los ojos.

Ambos hablaban de una crisis existencial semejante, vivida, como sabemos, con pocos años de diferencia, de la que habían salido con propuestas estéticas próximas pero diferenciadas. Con cierto humor, se desentendía Otero de esa voluntad trascendental que apuntaba Celaya, en un comentario inserto en carta de 11 de julio de 1949: “Eso de lo trascendente es demasiado trascendental (perdona) para ponerle las manos encima. También es verdad que ahora hace demasiado calor. // Otro día seguiremos”.

Pero volvamos un momento a las cartas que los poetas se cruzan el 10 de mayo de 1949. Otero le comenta la reciente publicación de seis sonetos en el n.º 4 (Semana Santa de 1949) de *Raíz*, la revista dirigida por Juan Guerrero Zamora en Madrid, que se incluirán posteriormente en *Ángel fieramente humano* y en *Redoble de conciencia*: “Voz de lo negro”, “Es inútil”, “Gritando no morir”, “Mortal”, “Un relámpago apenas” y “Déjame”. “Pues bien –le confiesa a su interlocutor donostiarra- creo que sólo hay un soneto verdaderamente bueno. (No hice yo la selección. Uno que precisamente no debió publicarse en *Revista*)”. ¿A qué poema se refería el bilbaíno? ¿Tal vez a “Déjame”, que con su grito existencial (“Me haces daño, Señor. Quita tu mano / de encima”) pasaría desapercibido para la censura cuando se publica en *Raíz*, pero costaría el cierre de la leonesa *Espadaña* cuando apareciera allá un año más tarde? Celaya alaba, en cambio, esos poemas, que “están en la misma línea de los que conocía y me gustan por las mismas cosas. Porque *dicen* desde dentro y porque tienen arranque, enjundia y ser”. Pero, añade el donostiarra, “lo que menos me agrada es su forma”, que compara a la de los sonetos de Unamuno, que “*ponía* en verso o, en general, en soneto. Y con esto de *ponía* quiero decir que el verso no nacía de sí mismo; era para Unamuno, y algunas veces para ti, un molde dentro del cual se vierte un contenido en fusión”. Aunque a los ojos de Celaya, el ritmo de los sonetos oterianos es más fluido que el de los unamunianos, “asoma en ellos un gusto por el poema *cerrado* [...] que a mí –y no digamos a Leceta- me parece un mal camino”.

Si algo hay que agradecer a la correspondencia que se cruzan los dos poetas es justamente la sinceridad con la que se expresan desde los primeros momentos y que nos permite a nosotros, sus lectores, acudir al teatro desnudo de su escritura, a sus dudas, pero también a sus certezas, que aproximan unas

veces sus modelos poéticos y otras los distancian. No es extraño así, ya lo hemos visto, que ambos poetas expresen con completa sinceridad sus juicios sobre los libros del otro, directamente, sin ningún rodeo. Y así, por ejemplo, Otero le escribirá a su interlocutor a la recepción de *Se parece al amor* (1949), en carta del 2 de enero de 1950, unas semanas antes de encontrarse en Bilbao: “Gracias por *Se parece al amor*. ¿Sinceramente? En general, no me ha gustado mucho. [...] Creo que lo pudiste hacer más prieto”.

Una nueva discrepancia surge entre los dos autores en la correspondencia que mantienen en estos años. Mientras Blas de Otero insiste en la necesaria contención, Celaya, mucho más expansivo, reivindica la necesidad de su escritura fluvial. Al ofrecimiento de Celaya para facilitarle a su amigo direcciones de revistas para que vaya adelantando algunos de sus poemas, Otero le contesta, el 11 de julio de 1949: “Ahora estoy con la atención sobre mi libro (*Ángel fieramente humano*) y no creo que publique nada, o casi nada, hasta que salga”. Celaya, que ha vuelto a la poesía en los últimos meses, pues lo publicado hasta ese momento son “cosas que en realidad son de 1939-1946”, disiente de la opinión oteriana en carta de 16 de agosto: “Creo que no hay que cerrarse en un libro. [...] no hay libros únicos y decisivos. Sólo hitos en un camino. [...] A mí me acucia una necesidad de mostrarme con mil caras, todas mías, porque confío que su superposición dejará ver esa síntesis que cada día me parece más difícil de realizar y plasmar en una sola obra”. “Claro que yo también creo que ningún libro puede ser definitivo —contesta el bilbaíno el 10 de octubre de 1949—. Pero, otra cosa es que nosotros debamos intentarlo, aun a sabiendas de su imposibilidad”. Un mes más tarde, el 9 de noviembre, Celaya reconoce: “Creo que estos tres últimos años he publicado demasiado. Porque, si malo es no abrir fuego, malo es también prodigarse. [...] Tú, al revés que yo, creo que estás en el momento en que debes y puedes abrirte ampliamente”.

En estas cartas que se cruzan en los meses de octubre y noviembre de 1949, Otero le da noticia a su corresponsal de la presentación de *Ángel fieramente humano* al premio “Adonais”, aunque, anota, “sin ninguna esperanza por motivos extrapoéticos”. Efectivamente, tal como confirma el propio Otero en carta de 21 de noviembre: “Mi libro fue *eliminado*. Ya me lo suponía como te dije”. Un jurado reunido el 1 de noviembre, compuesto por Luis Felipe Vivanco, Florentino Pérez Embid, José García Nieto, José Luis Cano y Germán Bleiberg decidió premiar, entre los ciento catorce libros presentados en esa convocatoria, a *Corimbo*, de Ricardo Molina, concediendo sendos accésits a *Defensa del hombre*, de Ramón de Garciasol, y *Vida de poeta*, de Juan Ruiz Peña. Ricardo Molina había escrito a comienzos de 1949 a José Luis Cano expresándole su intención de concurrir al premio: “Yo pienso concursar: oscilo entre una antología (*Corimbo*) o un solo libro de poemas. Espero que, dada la amistad y buena inteligencia que nos une, prestes atención a mi libro”. Se confundía, por lo tanto, Celaya, quien en carta de 9 de noviembre de 1949 le decía a Otero: “Hace unos pocos días me dijo Ciriquiain que en el concurso *Adonais* te habían concedido un accésit”. Mariano Ciriquiain Gaiztarro era Secretario de la Diputación de Guipúzcoa, amigo de Celaya y colaborador de *Egan*. El fallo del “Adonais” levantó una enorme polémica en los ambientes poéticos (no hay más que repasar los primeros números de 1950 de la revista *Espadaña*), pues se sabía que Otero había concurrido al premio, aconsejado, entre otros, por Dámaso Alonso y José Luis Cano, según le confiesa a Celaya el 10 de octubre de 1949. El 20 de diciembre Celaya le transmitía sus noticias sobre

el fallo del premio: “Tengo noticias de que en el fallo han intervenido razones muy católicas pero no sabías —es decir, no auténticamente religiosas— y me pasmo de cómo hombres como Bleiberg han podido sellar con su firma tales decisiones”. No era seguramente Bleiberg quien habría votado en contra del libro oteriano, pues lo reseñaría elogiosamente en el número de *Ínsula* correspondiente a junio de 1950; ni tampoco José Luis Cano, que se encargaría de editarlo. El libro, presentado a la censura el 23 de diciembre de 1949 (“veremos en qué plan se pone la censura”, le escribe a Celaya el 21 de noviembre) que resuelve autorizar su publicación el 5 de enero de 1950, con tan sólo la supresión de cuatro versos en “Serena verdad”, se publicaría a comienzos de abril en la Colección *Ínsula*, que se había iniciado unos meses atrás con una segunda edición de *Ocnos*, de Luis Cernuda. Unos meses más tarde, el 7 de junio, le anuncia a su amigo la presentación de *Redoble de conciencia* al “Boscán”: “*Redoble de conciencia* [...] está en el ‘Boscán’. Me figuro que ocurrirá algo parecido que en el ‘Adonais’; no he escarmentado”. Pero se confundía el poeta bilbaíno, pues un jurado formado por José María Castro Calvo, Néstor Luján, Antonio Vilanova y Alfonso Costafreda, actuando como secretario Francisco Galí, le concedería el premio el 25 de junio de 1950.

En su carta de 9 de noviembre, Celaya concluía anunciándole: “he de confesar —casi como un último pecado— que tengo un par de libritos en trance de publicación. Pero se trata de poemas antiguos. Lo nuevo me lo guardo y procuro abrigarlo hasta que ‘se cargue’”. Otero le solicita el 21 de noviembre: “Envíame tu ‘par de libritos’ en cuanto salgan. Me place mucho tu decisión de límite”. Los dos libros eran *Se parece al amor* (1949), del que ya he referido la opinión de Otero, y *Deriva* (1950), que el bilbaíno comenta elogiosamente en una carta sin fecha, pero que ha de datar de la segunda mitad de 1950: “He tardado en releer tu último libro. Creo que *Deriva* es, tal vez, el mejor tuyo, y, desde luego, interesantísimo”.

En carta fechada el 20 de diciembre de 1949, Celaya le confiesa a su amigo bilbaíno: “Me siento ‘gastado’. Pero a la vez oigo el rumor de muchas aguas —señala con referencia al Apocalipsis— que quisieran aflorar y que aflorarán si puedo permitirme el lujo de unos meses de calma”. Y su interlocutor le contesta el 2 de enero, tan sólo unos días antes de su encuentro: “Dices que te encuentras ‘gastado’. Es natural, después de tanta carrera. Pero tu auténtica obra, como tú mismo sientes, espera dentro de tí”. Y unos días más tarde, ante el comentario referido sobre *Se parece al amor*, confiesa Celaya: “No me parece mal ni mucho menos lo que me dices de mis últimos poemas. [...] Necesito calma. No hay duda”.

El 7 de junio de 1950, Blas de Otero le escribe a su amigo para proponerle la posibilidad de una conferencia-lectura en San Sebastián, de la que ya ha hablado con Azaola, “él te explicará lo único que persigo”. Con Azaola establece en estos años una intensa correspondencia, pues su amigo está organizando el “Grupo Federalista Europeo” dentro del democrático y pacifista “Movimiento Europeo”. Pero por diversos motivos, la conferencia se retrasa para después del verano. El 10 de octubre le escribe a Celaya: “Recibí el telegrama de M. [Michel, José Miguel de Azaola] y es igual demorarla un poco, pero quisiera fuera lo antes posible. A ver si de una p. vez charlamos un poco, esto de las cartas es para mí una pesadilla”. Y en otra carta sin fecha, pero que ha de datar de estos meses, le escribe a su amigo: “¿Cuándo charlaremos? Me dice Michel que aún no le llegó el dinero (y yo no tengo ni *pa* el viaje). Estoy deseando estar contigo”. Finalmente, la lectura organizada por Azaola, y el esperado reencuentro con Celaya, se celebraría en San

Sebastián el 23 de noviembre de 1950, en que el poeta bilbaíno dictó una conferencia sobre “La poesía moderna” y dio un recital de poesía, en el marco de “Horas poéticas”, en el Círculo Cultural y Ateneo Guipuzcoano. Entretanto se ha producido el fallo del premio “Adonais” de 1950 en el que se le ha concedido un accésit a *Habitada claridad*, de Javier de Bengoechea. En algunos mentideros literarios se ha corrido el bulo de que se trata de un pseudónimo de Blas de Otero, pero como le aclara el poeta a su amigo el 12 de noviembre: “No creo que tú hayas pensado lo de Bengoechea: Otero. Recordarás que él es el ‘amigo raro y humano’ que figura en tu *Carta*” (“saludar a otro amigo también raro y humano”, se lee en la “Carta a un amigo”).

Las cartas siguientes se ocupan de otros asuntos: lecturas, ediciones de libros, recepción de los envíos de cada poeta, etc. Es interesante, por ejemplo, comprobar la preocupación de Blas de Otero por el libro que le ha anunciado ya a su amigo, *Complemento directo*. Hacia 1950, Eugenio de Nora, que es lector en la Universidad de Berna desde unos años antes, parece ser el único contacto intelectual que el PCE tiene en la España interior. Desde entonces, y por indicación del Partido, ha intentado establecer vínculos con los núcleos intelectuales de resistencia y ha entrado en contacto, entre otros, con Gabriel Celaya y Amparo Gastón. Otero, que tiene amistad con Nora desde octubre de 1943, en que han convivido en el Colegio Mayor Cisneros, y al que le ha dedicado un poema de *Ángel fieramente humano* (“Hay una rabia dentro de los ojos...”), fechado en octubre de 1948, le escribe a Celaya el 23 de diciembre de 1951 (seguramente ese debe ser el año, aunque no figura en la carta) para que le ponga en contacto con Nora (Otero en carta de 30 de agosto se lamenta por no haber podido verlo allí: “Lástima no vinieras por aquí, con Nora. Otra vez será. Me conformé con ver las fotos de Zarauz”) cuando pase por San Sebastián de vuelta hacia Suiza tras las fiestas navideñas: “He pensado –escribe Otero– que sería conveniente verme con Eugenio antes de que regrese. Quizás le entregase el libro para que él lo tenga allí hasta el momento oportuno”. El libro al que se refiere, sin duda, es *Complemento directo*, del que ya le ha advertido a su amigo donostiarra, el 7 de junio de 1950, que “no se podrá publicar en España, por razones que te figurarás”. Unos meses más tarde, en 1952, Otero y Nora podrán compartir encuentros en París, a donde el bilbaíno se ha trasladado a comienzos de año, tras vender toda su biblioteca: “Vendí la mayor parte de mi biblioteca, cientos de tomos recogidos pacientemente durante muchos años, las piezas de mi posterior evolución, y saqué un billete para París. Allí estuve un año”.

Antes de ese viaje a París, aún se cruzan los dos amigos alguna carta durante el año 51. El 30 de agosto de 1951 le escribe Otero a Celaya agradeciéndole el envío de *Las cartas boca arriba*, que ha visto la luz el 25 de mayo, según reza el colofón, en la colección Adonais: “¡Gracias por tus *Cartas!* Es un libro estupendo. [...] Y no me ciega la mía, pues tienes otras tan buenas o mejores. Y es verdad lo que dice S. [Sáinz] de Robles, tu poesía le va ganando a uno, totalmente”. En la misma carta le comunica a su amigo la aparición de *Redoble de conciencia* en Barcelona, cuya publicación se anuncia en la prensa de la Ciudad Condal el 21 de agosto de 1951 y le comenta al respecto: “¿Sabes la fama de Barcelona? Me han dado ¡un ejemplar y no piensan darme más! (Ni siquiera uno de cada: de la corriente y especial.) Y me han suprimido la mitad de los destinatarios que señalé”. De *Redoble de conciencia* se hizo una tirada especial en papel de hilo Guarro de cien ejemplares numerados firmados por el autor. El donostiarra le disculpa en carta



del 1 de octubre (“No te importe no poder mandarme *Redoble de conciencia*. Ya me haré con él”) y le agradece el elogioso comentario de *Las cartas boca arriba*: “Estoy muy contento de que mi libro te haya gustado. Tu opinión me importaba mucho y creo que me escribes de verdad. [...] A veces releo tu ‘Carta’ [se refiere a la ‘Carta a un amigo’]. Y me alegro de que te decidas a darla ahora en alguna revista. Favorecerá a mi libro, y además se comprenderá mejor ahora que luego”. Como ya se ha apuntado, se trata de la revista *Mensajes de Poesía*, de Vigo, donde aparecerá en el n.º 11 (1952). Incidentalmente alude Celaya a un poema que Blas de Otero no recogió posteriormente en sus libros: “He leído –escribe el donostiarra- ‘Así es’ y el poema de Caballero que han puesto delante del tuyo. ¡Qué cosas más raras pasan en los Concursos!” Se refería el poeta al fallo del premio “Platero”, de poesía, que había convocado la revista gaditana del mismo nombre y que se había fallado el 31 de julio de 1951; se había distinguido al poema “Las adivinaciones”, de José Manuel Caballero Bonald, con el premio, otorgando un accésit al poema “Así es”, de Blas de Otero. El fallo del poema y los textos premiados se publicaron en el n.º 8 (agosto de 1951) de la revista *Platero*. Dado que es un poema casi olvidado, que recuperó hace unos pocos años la notable investigadora en la obra de Blas de Otero Lucía Montejo Gurruchaga, quisiera concluir estas páginas con dicho poema:

### Así es

Hay momentos en que la mano se me acorta y tiembla el pie,  
y a veces pienso en la muerte con los cinco sentidos  
y caigo en la cuenta que está de más el tiempo y todo eso,  
y sollozo y me cierro en mi cuarto hasta sangrar, y rezo.

Ah, da rabia vivir a ras de tierra,  
ahora comprendo por qué me duele el vientre y otras cláusulas,  
el hasta nunca de los siempremuertos,  
la tela que se acaba,  
el qué solos se quedan, Dios mío, esos que sabes...

Bien es verdad que andando el tiempo, a trechos  
se cae la fe, a pedazos la esperanza,  
y los cabellos poco a poco; en fila  
los dientes y las lágrimas. Se acaban.

Vine al mundo a enterrarme en mis manos  
y mis pies, y soporto ante mis párpados  
una sombra que acaso soy yo mismo  
avanzando en silencio hacia la muerte.

Hay momentos en que la mano se me cae y casi pierdo el pie,  
y a veces pienso si no sería mejor ahogarme,  
meterme un puñalito entre dos pestañas y sacarme la muerte,  
hijos de madre, os juro que a veces gozo imaginando el día.

Honradamente hablando, estoy cayéndome  
de hambre, de Dios, en fin. Así es la muerte.

## Carta de Celaya a Blas el 20 de marzo de 1950:

San Sebastián, 20 de marzo de 1950

Querido amigo Blas:

Tu poema me ha gustado mucho. Además está escrito para mí. Es una buena "carta boca arriba" que quisiera ver publicada.

Hace unos días me llamó José Miguel pidiéndome autorización para dar en "Egan" el poema que te mandé. Yo le dije que por mi parte estoy completamente conforme. Supongo que también habrá hablado contigo. Pero después de haber hablado con él (por teléfono, es decir, pronto y mal) se me ocurre que tu carta debería acompañar a la mía. Quizás lo tengáis proyectado así, pero como no me dijo nada, me gustaría que me lo aclararas. Yo preferiría que junto con mi poema fuera el tuyo. ¿Entendido? Amparito, que te recuerda con mucha simpatía, me encarga que te salude. Un gran abrazo de tu amigo

Gabriel

No estuvo nora en zarauz

## CARTA A UN AMIGO

PUESTO que tú me tiendes una mano cortada  
y debo corresponder con mi guante, ante todo  
te diré: - Yo sé mucho de desmanes. No es nada...  
Deja que Dios te astille las ansias hasta el codo.

Cada vez me parece la muerte  
mas fácil, más sencilla.  
Consiste sólo en tenderte  
-uña y carne de Dios- como una astilla.

Amigo mío, mi gran Gabriel Celaya  
(a veces, Juan de Leceta, dicen):  
¡Qué tristeza no haya  
un Dios tan excelente como dicen!

Las cosas como son: No sé si hay  
Dios o si no hay más que pedir...  
De todos modos, ¡ay!,  
dime tú con qué boca... (Es un decir.)

Propongo que lo pienses  
seriamente. Te tengo por un hombre  
verdadero. (Hombre, a proposito: los atenienses  
ya le dieron a Diógenes tu nombre.)

Bien es verdad que dentro de la almohada  
anda un ratón divinamente terco.  
Tal vez así, royendo nuestra nada,  
se oye a Dios tras el cerco

de los sueños...

Gabriel Celaya, enciende  
la luz. Dame la mano. Toma  
el guante. Adiós .. (Te digo a Dios, pero comprende  
que lo digo al tun tun, como de broma.)

### A Blas de Otero

Amigo Blas de Otero: Porque sé que tú existes,  
y porque el mundo existe, y yo también existo,  
porque tú y yo y el mundo nos estamos muriendo,  
gastando nuestras vueltas como quien no hace nada,  
quiero hablarte y hablarme, dejar hablar al mundo  
de este dolor que insiste en todo lo que existe.

Vamos a ver, amigo, si esto puede aguantarse:  
el semillero hirviente de un corazón podrido,  
los mordiscos chiquitos de las larvas hambrientas,  
los días cualesquiera que nos comen por dentro,  
la carga de miseria, la experiencia -un residuo-,  
las penas amasadas con lento polvo y llanto.

Nos estamos muriendo por los cuatro costados,  
y también por el quinto de un Dios que no entendemos:  
los metales furiosos, los mohos del cansancio,  
los ácidos borrachos de amarguras antiguas,  
las corrupciones vivas, las penas materiales...  
Todo ésto -tú sabes-, todo ésto y lo otro.

Tú sabes. No perdonas. Estás ardiendo vivo.  
La llama que nos duele quería ser un ala.  
Tú sabes y tu verso pone el grito en el cielo.  
Tú, tan serio, tan hombre, tan de Dios aún si pecas,  
sabes también por dentro de una angustia rampante,  
de poemas prosaicos, de un amor sublevado.

Nuestra pena es tan vieja que quizá no sea humana:  
ese mugido triste del mar abandonado,  
ese temblor insomne de un follaje indistinto,  
las montañas convulsas, el éter luminoso,  
un ave que se ha vuelto invisible en el viento,  
viven, dicen y sufren en nuestra propia carne.

Con los cuatro elementos de la sangre, los huesos,  
el alma transparente y el yo opaco en su centro,  
soy el agua sin forma que cambiando se irisa,  
la inercia de la tierra sin memoria que pesa,  
el aire estupefacto que en sí mismo se pierde,  
el corazón que insiste tartamudo afirmando.

Soy creciente: Me muero. Soy materia: Palpito.  
soy un dolor antiguo como el mundo que aún dura.  
he asumido en mi cuerpo la pasión, el misterio,  
la esperanza, el pecado, el recuerdo, el cansancio.  
Soy la instancia que elevan hacia un Dios excelente  
la materia y el fuego, los latidos arcaicos.

Debo salvarlo todo si he de salvarme entero.  
Soy coral, soy muchacha, soy sombra y aire nuevo,  
soy el tordo en la zarza, soy la luz en el trino,  
soy fuego sin sustancia, soy espacio en el canto,  
soy estrella, soy tigre, soy niño y soy diamante  
que proclaman y exigen que me haga Dios con ellos.

¡Si fuera yo quien sufre! ¡Si fuera Blas de Otero!  
¡Si sólo fuera un hombre pequeñito que muere  
sabiendo lo que sabe, pesando lo que pesa!  
Mas es el mundo entero quien se exalta en nosotros  
y es una vieja historia lo que aquí desemboca.  
Ser hombre no es ser hombre. Ser hombre es otra cosa.

Invoco a los amantes, los mártires, los locos  
que salen de sí mismos buscándose más altos.  
Invoco a los valientes, los héroes, los obreros,  
los hombres trabajados que duramente aguantan  
Y día a día ganan su pan mas piden vino.  
Invoco a los dolidos. Invoco a los ardientes.

Invoco a los que asaltan, hiriéndose, gloriosos,  
la justicia exclusiva y el orden calculado,  
las rutinas mortales, el bienestar virtuoso,  
la condición finita del hombre que en sí acaba,  
la consecuencia estricta, los daños absolutos.  
Invoco a los que sufren rompiéndose y amando.

Tú también, Blas de Otero, chocas con las fronteras,  
con la crueldad del tiempo, con límites absurdos,  
con tu ciudad, tus días y un caer gota a gota,  
con ese mal tremendo que no te explica nadie:  
irónicos zumbidos de aviones que pasan  
y muertos boca arriba que no, no perdonamos.

A veces me parece que no comprendo nada,  
ni este asfalto que piso, ni ese anuncio que miro.  
Lo real me resulta increíble y remoto.  
Hablo aquí y estoy lejos. Soy yo, pero soy otro.  
Sonámbulo transcurro sin memoria ni afecto,  
desprendido y sin peso, por lúcido ya loco.

Detrás de cada cosa hay otra cosa que es la misma,  
idéntica y distinta, real y a un tiempo extraña.  
detrás de cada hombre un espejo repite  
los gestos consabidos, mas lejos ya, muy lejos.  
Detrás de Blas de Otero, Blas de Otero me mira,  
Quizá me da la vuelta y viene por mi espalda.

Hace aún pocos días caminábamos juntos  
en el frío, en el miedo, en la noche de enero  
rasa con sus estrellas declaradas lucientes,  
y era raro sentirnos diferentes, andando.  
Si tu codo rozaba por azar mi costado,  
un temblor me decía: Ese es otro, un misterio.

Hablábamos distantes, inútiles, correctos,  
distantes y vacíos porque Dios se ocultaba,  
distintos en un tiempo y un lugar personales,  
en las pisadas huecas, en un mirar furtivo,  
en ésto con que afirmo: «yo, tú, él, hoy, mañana»,  
en ésto que separa y es dolor sin remedio.

Tuvimos aún que andar, cruzar calles vacías,  
desfilear ante casas quizá nunca habitadas,  
saber que una escalera por sí misma no acaba,  
traspasar una puerta –lo que es siempre asombroso–,  
saludar a otro amigo también raro y humano,  
esperar que dijeras: Voy a leer unos versos.

Daba miedo mirarte solo allá, en lo redondo  
de una lámpara baja y un antiguo silencio.  
Mas hablaste: El poema creció desde tu centro  
con un ritmo de salmo, como una voz remota  
anterior a tí mismo, más allá de nosotros.  
Y supe –era un milagro–: Dios al fin escuchaba.

Todo el dolor del mundo le atraía a nosotros.  
las iras eran santas; el amor, atrevido;  
los árboles, los rayos, la materia, las olas  
salían en el hombre de un penar sin conciencia,  
de un seguir por milenios, sin historia, perdidos.  
como quien dice «sí», dije Dios sin pensarlo.

Y vi que era posible vivir, seguir cantando.  
y vi que el mismo abismo de miseria medía  
como una boca hambrienta, qué grande es la esperanza.  
con los cuatro elementos, más y menos que hombre,  
sentí que era posible salvar el mundo entero,  
salvarme en él, salvarlo, ser divino hasta en cuerpo.

Por eso, amigo mío, te recuerdo, llorando;  
te recuerdo, riendo; te recuerdo, borracho;  
pensando que soy bueno, mordiéndome las uñas,  
con este yo enconado que no quiero que exista,  
con éso que en tí canta, con éso en que me extingo  
y digo derramado: amigo Blas de Otero.

(Gabriel Celaya, *Las cartas boca arriba*, Rialp, Madrid, 1951; pp. 9-14)

